

HALO®

CRYPTUM

GREG BEAR

timun**mas**

La tripulación de la embarcación cubrió las hogueras para que ardieran con menos intensidad, desconectó la máquina de vapor y alzó el órgano calíope del agua. La burbujeante canción mecánica se extinguió con una serie de chasquidos y gemidos lúgubres; no había estado funcionando bien para empezar.

A veinte kilómetros de distancia, el pico central del cráter Djamonkin se alzaba entre la neblina gris azulada, la cúspide perfilada en un dorado rojizo por los últimos rayos del sol que se ponía. Una única luna se alzaba luminosa y fría detrás de nuestra embarcación. El lago interior del cráter se rizaba alrededor del casco de una manera que ninguna marea o viento había movido jamás agua. Bajo el oleaje y las espirales, centelleando con el reflejo de la puesta de sol y la luna, pálidos merses se retorcían y cabeceaban igual que los nenúfares del estanque de mi madre. Estos nenúfares, sin embargo, no eran flores pasivas, sino krakens dormidos que crecían en los bajíos sobre gruesos tallos. Con una anchura de diez metros, los gruesos bordes musculosos estaban provistos de dientes negros tan largos como mi antebrazo.

Navegábamos por encima de un jardín de monstruos estrechamente unidos entre sí que se autoclonaban. Cubrían todo el suelo inundado del cráter, merodeando justo bajo la superficie y mostrando una actitud muy territorial. Tan sólo las embarcaciones que entonaban la canción arrulladora que los merses utiliza-

ban para mantener la paz entre ellos mismos podían cruzar estas aguas con tranquilidad. Y ahora parecía que nuestras melodías estaban anticuadas.

El joven humano al que conocía como Chakas cruzó la cubierta, aferrando su sombrero de hojas de palma a la vez que negaba con la cabeza. Permanecimos de pie el uno junto al otro y miramos con atención por encima de la barandilla, observando cómo los merses se retorcían y agitaban. Chakas —de piel bronceada, prácticamente desprovisto de vello y distinto por completo de la imagen bestial de los humanos que mis tutores me habían inculcado— negó otra vez con la cabeza con desaliento.

—Ellos juran que están usando las canciones más nuevas —murmuró—. No deberíamos movernos hasta que lo resuelvan.

Observé a la tripulación de la proa, inmersa en una discusión llevada a cabo en susurros.

—Me aseguraste que eran los mejores —le recordé.

Me contempló con ojos que eran cómo ónices pulidos y pasó la mano a través de una espesa mata de pelo negro que colgaba hacia atrás hasta el cuello, cortada en perfecta línea recta.

—Mi padre conocía a sus padres.

—¿Confías en tu padre? —pregunté.

—Por supuesto —contestó—. ¿Tú no?

—No he visto a mi padre auténtico en tres años —respondí.

—¿Eso te entristece? —preguntó el joven humano.

—Él me envió aquí —señalé un brillante punto bermejo en el negro firmamento—. A aprender disciplina.

—¡Shh-shhaa!

El Florian —una variedad de humano de menor tamaño, la mitad de la altura de Chakas— llegó correteando desde la popa sobre los pies desnudos para reunirse con nosotros. Jamás había conocido una especie que variara tanto y aun así mantuviera un nivel tan uniforme de inteligencia. Su voz era queda y dulce, y efectuaba delicados gestos con los dedos. En su agitación, hablaba con demasiada rapidez para que pudiera comprenderlo.

Chakas hizo de traductor.

—Dice que tienes que quitarte la armadura. Está perturbando a los merses.

En un principio, no fue una sugerencia bien recibida. Los Forerunners de todos los rangos llevan puesta una armadura de

asistencia corporal durante gran parte de sus vidas. La armadura nos protege a la vez física y médicamente. En emergencias, puede suspender las actividades vitales de un Forerunner hasta que sea rescatado, e incluso proporcionar alimento durante un tiempo. Permite a Forerunners adultos conectar con el Dominio, del cual puede fluir todo el conocimiento Forerunner. La armadura es una de las razones principales de que los Forerunners vivan tanto tiempo, y también puede actuar como amiga y consejera.

Consulté con mi ancilla, la inteligencia y memoria incorporada de la armadura..., una pequeña figura azulada en el fondo de mis pensamientos.

—Esto ya estaba previsto —me dijo—. Los campos eléctricos y magnéticos que no sean los generados por la dinámica natural del planeta provocan en estos organismos un chapoteo enfurecido. Es por eso que la embarcación está propulsada por un primitivo motor de vapor.

Me aseguró que la armadura no tendría ningún valor para los humanos, y que, en cualquier caso, ella podía protegerla de un uso indebido. El resto de la tripulación observaba con interés, y yo percibí que éste podría ser un punto espinoso. La armadura se apagaría, desde luego, una vez que me la quitara. Por el bien de todos nosotros, tendría que ir desnudo, o casi. Medio conseguí convencerme de que esto no podía hacer más que añadir emoción a la aventura.

El Florian se puso de inmediato a tejerme un par de sandalias con los juncos que utilizaban para taponar filtraciones.

De todos los hijos de mi padre, yo era el más incorregible. En sí mismo esto no era una nota negativa, o ni siquiera inusual. Los Manipulares prometedores a menudo muestran una rebeldía temprana; la impronta en metal sin pulir a partir de la cual se afina y da forma a la disciplina de aquel que cumple todos los requisitos de su rango.

Pero yo sobrepasé incluso la generosa paciencia de mi padre; rehusé aprender y progresar siguiendo cualquiera de las curvas Forerunner apropiadas: instrucción intensiva, entrega a mi rango, mutación a mi forma siguiente y, finalmente, adhesión a una tríada naciente... donde ascendería al cenit de la madurez.

Nada de eso me atraía. Estaba mucho más interesado en la aventura y los tesoros del pasado. La gloria histórica brillaba con mucha más intensidad a mis ojos; el presente parecía vacío.

Y así pues, al final de mi sexto año, frustrado hasta lo intolerable por mi tozudez, mi padre me envió a otra familia, en otra parte de la galaxia, muy lejos del complejo de Orión, de donde eran originarios los míos.

Durante los últimos tres años, el sistema de ocho planetas alrededor de una estrella amarilla menor —y en particular, el cuarto, un seco mundo rojizo y desértico llamado Edom— pasó a ser mi hogar. Llamadlo exilio. Yo lo llamé escapatoria. Sabía que mi destino estaba en otra parte.

Cuando llegué a Edom, mi padre de intercambio, siguiendo la tradición, equipó mi armadura con una de sus propias ancillas para que me educara en las costumbres de mi nueva familia. En un principio pensé que esta nueva ancilla sería el rostro más obvio de mi adoctrinamiento; tan sólo otro grillete en mi prisión, dura y poco comprensiva. Pero no tardó en demostrar ser algo del todo diferente, en nada parecida a cualquier ancilla que hubiese experimentado jamás.

Durante mis largos períodos de tutoría y ejercicio reglamentado, me sacó de mí mismo, rastreó el origen de mi tosca rebelión hasta sus raíces; pero también me mostró mi nuevo mundo y mi nueva familia bajo la clara luz del razonamiento imparcial.

—Eres un Constructor enviado a vivir entre Mineros —me contó—. Los Mineros están clasificados por debajo de los Constructores, pero son sensatos, orgullosos y fuertes. Los Mineros conocen las crudas interioridades de los mundos. Respétalos, y te tratarán bien, te enseñarán lo que saben y te devolverán a tu familia con toda la disciplina y habilidades que un Manipular necesita para progresar.

Tras dos años de un servicio en general impecable, guiando mi reeducación mientras que al mismo tiempo mitigaba mi embrutecedora existencia con una cierta ironía, empezó a discernir una pauta en mis preguntas. La respuesta que ofreció fue inesperada.

La primera señal del extraño favor que me demostraba mi ancilla fue la apertura por su parte de los archivos de mi familia de intercambio. A las ancillas se les encomienda el mantenimien-

to de todos los registros y bibliotecas, para facilitar el acceso a cualquier información que un miembro de la familia pueda necesitar, por más antigua y críptica que sea.

—Los Mineros, como sabes, cavan muy hondo. Los tesoros, como tú los llamas, aparecen con frecuencia en su camino. Ellos los recuperan, declaran, resuelven la cuestión con las autoridades apropiadas... y pasan a otra cosa. No son curiosos, pero sus informes a veces sí lo son.

Pasé horas felices estudiando los viejos informes, y aprendí mucho más sobre vestigios de los Precursores, así como la arqueología de la historia Forerunner.

Fue aquí donde recogí indicios de tradiciones ignoradas u olvidadas en otras partes... no siempre en forma de pruebas reales, sino deducidas de algún dato curioso aquí o allá.

Y durante el año que siguió, mi ancilla me evaluó y juzgó.

Un día seco y polvoriento, mientras yo ascendía por la poco empinada ladera del volcán de mayor tamaño de Edom, imaginando que en la enorme caldera estaba oculto algún gran secreto que me redimiría a los ojos de mi familia y justificaría mi existencia —mi permanente estado de fuga sin sentido—, ella rompió el código de las ancillas de un modo escandaloso.

Me confesó que en una ocasión, hacía mil años, había formado parte del séquito de la Bibliotecaria. Desde luego, yo conocía la existencia del más importante de todos los Operarios de la Vida. No era un completo ignorante. Los Operarios de la Vida —expertos en cosas vivas y en medicina— están situados por debajo tanto de los Constructores como de los Mineros, pero justo por encima de los Guerreros. Y la categoría más alta de Operario de la Vida es Moldeador de Vida. La Bibliotecaria era uno de tan sólo tres Operarios de la Vida honrados con tal distinción.

Presuntamente, la memoria de la ancilla del tiempo pasado con la Bibliotecaria había sido suprimida cuando la fundación de la Bibliotecaria la canjeó a mi familia de intercambio como parte de un trueque cultural; pero ahora, por completo consciente otra vez de su pasado, parecía dispuesta a conspirar conmigo.

—Hay un mundo justo a unas pocas horas de viaje de Edom donde podrías hallar lo que buscas —me contó—. Hace nueve mil años, la Bibliotecaria estableció una base de investigación en este sistema. Sigue siendo un tema de conversación entre los Mi-

neros, quienes, por supuesto, lo desaprueban. La vida es muchísimo más escurridiza que las rocas y los gases.

Esa base estaba ubicada en el tercer planeta del sistema llamado Erde-Tyrene: un lugar desolado, poco conocido, aislado, y a la vez el origen y el último depositario de lo que quedaba de una especie degradada llamada humana.

Los motivos de mi ancilla, al parecer, eran aún más anómalos que los míos. Cada pocos meses, una nave despegaba de EDOM para transportar suministros a Erde-Tyrene. No es que ella me proporcionara exactamente información sobre lo que encontraría allí, pero mediante insinuaciones y pistas me indujo a decidir que era importante.

Con su ayuda, me abrí paso a través de los pasillos y túneles laberínticos hasta la plataforma de embarque, me introduje clandestinamente en la atestada nave, reajusté los códigos para ocultar mi masa extra... y despegué en dirección a Erde-Tyrene.

Ahora era mucho más que un simple Manipular rebelde. Me había convertido en un secuestrador, un pirata aéreo... ¡Y me dejó atónito lo fácil que fue! Demasiado fácil, tal vez.

Sin embargo, no podía creer que una ancilla fuera a conducir a un Forerunner a una trampa. Eso era contrario a su propósito, su programación..., a todo en su naturaleza. Las ancillas sirven a sus amos fielmente en todo momento.

Lo que yo no podía adivinar era que no era su amo, y jamás lo había sido.

Me desvestí de mala gana, desenrollando la espiral del torso, los protectores de hombros y brazos y, por fin, los protectores de las piernas y las botas. La fina pelusilla pálida de brazos y piernas hormigueó en la brisa. Sentí de improviso una comezón en el cuello y las orejas, y a continuación, todo me picaba, y tuve que obligarme a hacer caso omiso de la sensación.

La armadura asumió la forma de un molde blando de mi cuerpo al desplomarse sobre la cubierta. Me pregunté si la ancilla adoptaría un estado latente entonces, o si continuaría con sus propios procesos internos. Era la primera vez que estaba sin su guía en tres años.

—Estupendo —dijo Chakas—, la tripulación la mantendrá a salvo para ti.

—Estoy seguro de que lo harán —contesté.

Chakas y el pequeño Florian —en su propio lenguaje, ejemplares, respectivamente, de *chamanune* y *hamanune*— corretearon hasta la proa, donde se reunieron con los cinco miembros de la tripulación que estaban ya allí y empezaron a discutir en susurros quedos. Cualquier cosa que fuera en un tono más elevado podría provocar un ataque de los merses tanto si la nave entonaba la canción correcta como si no. Los merses odiaban muchas cosas, pero odiaban de un modo particular el exceso de ruido. Se decía que después de las tormentas permanecían alterados durante días, y que la travesía por el mar interior se tornaba imposible.

Chakas regresó moviendo la cabeza en un gesto de duda.

—Van a intentar bombear unas cuantas canciones de hace tres lunas —dijo—. Los merses raras veces inventan melodías nuevas. Es una especie de ciclo.

Con un violento bandazo, la nave giró sobre el eje de su mástil. Me dejé caer sobre la cubierta y me tumbé junto a mi armadura. Había pagado bien a los humanos. Chakas había oído relatos extraños de antiguas zonas prohibidas y construcciones secretas en el interior del cráter Djamonkin.

Mis investigaciones en los archivos de los Mineros me habían inducido a creer que existía una posibilidad razonable de que hubiera un tesoro auténtico en Erde-Tyrene, tal vez el tesoro más buscado de todos, el Organon; el dispositivo que podía reactivar todos los artefactos de los Precursores. Todo había parecido encajar... hasta ahora. ¿Respecto a qué había recibido información equivocada?

Tras un paseo a través de sesenta años luz y un segundo viaje insignificante de unos cien millones de kilómetros, era posible que nunca consiguiera llegar más cerca de mi objetivo final.

Algunos merses salieron a la superficie por el lado de babor, flexionando las aletas de un color gris amoratado y expulsando chorros de agua. Pude oír sus largos dientes negros royendo el casco de madera.

El trayecto desde Edom a Erde-Tyrene había durado cuarenta y ocho horas largas y aburridas, ya que la entrada en el Slipspace se consideraba innecesaria para un viaje rutinario de abastecimiento a través de una distancia tan corta.

Mi primera visión en directo del planeta, a través de la portilla abierta de la nave de suministros, reveló un orbe, refulgente como una joya, de intensos colores verdes, marrones y azules. Gran parte del hemisferio septentrional desaparecía bajo capas de nubes y glaciares. El tercer planeta estaba pasando por un período de profundo enfriamiento y témpanos de hielo en expansión. Comparado con Edom, que hacía mucho que había dejado atrás su mejor eón, Erde-Tyrene era un paraíso descuidado.

Sin lugar a dudas desperdiciado por los humanos. Pregunté a mi ancilla sobre la veracidad de los orígenes de éstos, y respondió que hasta donde habían podido averiguar los Forerunners, los humanos efectivamente habían surgido en un principio de Erde-Tyrene, pero hacía más de cincuenta mil años habían trasladado su civilización interestelar al exterior a lo largo del brazo galáctico, tal vez para huir de un temprano control por parte de los Forerunners. Los informes sobre esas eras escaseaban.

La nave de abastecimiento aterrizó en la base principal de investigación al norte de Marontik, la comunidad humana de mayor tamaño. La base estaba automatizada y vacía salvo por una familia de lémures, que se habían instalado en un barracón que llevaba mucho tiempo abandonado. Parecía que el resto de la civilización había olvidado la existencia de aquel lugar. Yo era el único Forerunner del planeta, y eso ya me iba bien.

Inicié la marcha a pie por el último trecho de pastos y pradera y llegué a mediodía al extrarradio repleto de basura de la ciudad.

Marontik, situada en la confluencia de dos grandes ríos, apenas era una ciudad según las pautas Forerunners. Casuchas de madera y chozas de barro, algunas con tres y cuatro pisos de altura, estaban dispuestas a ambos lados de callejones que se ramificaban en otros callejones, serpenteando sin una dirección concreta, y aquella atestada colección de casuchas primitivas se extendía sobre docenas de kilómetros cuadrados. Un Forerunner joven se habría perdido con facilidad, pero mi ancilla me guió con infalible habilidad.

Deambulé por las calles durante varias horas, una curiosidad menor para los habitantes pero nada más. Pasé ante una entrada que daba a pasadizos subterráneos de la que emergían olores desagradables, y unos golfillos andrajosos surgieron en tropel por la puerta y me rodearon:

—Hay partes de Marontik que son sólo para los ojos de alguien como tú... —salmodiaban—. ¡Pasa revista a los muertos! ¡Antiguos reyes y reinas conservados en ron y miel! ¡Llevan siglos esperándote!

Aunque eso me hizo sentir un vago cosquilleo de interés, hice caso omiso de los golfillos, quienes se marcharon al cabo de un rato sin que yo me hubiera sentido en peligro en ningún momento. Parecía que estos seres vestidos burdamente, desaliñados y desgachados habían visto Forerunners con anterioridad, pero les tenían poco respeto. Tal cosa no preocupó a mi ancilla. Aquí, dijo, las normas de la Bibliotecaria, inculcadas genéticamente, incluían docilidad hacia los Forerunners, recelo hacia desconocidos y discreción en todo lo demás.

El cielo sobre Marontik estaba frecuentado por dirigibles de todos los tamaños y colores, algunos en verdad horribles en su pretensión; docenas de globos de aire caliente, rojos, verdes y azules, atados juntos, de los que colgaban plataformas enormes de juncos de río entretejidos, repletas de comerciantes, viajeros y espectadores, así como de bestias inferiores destinadas, supuse, a convertirse en alimento. Los humanos comían carne.

Las plataformas movidas por globos proporcionaban un medio de transporte regular y mareante... En consecuencia, mi ancilla me ordenó que pagara para viajar al centro de la ciudad. Cuando le hice ver que no tenía ningún scrip, me guió a un alijo escondido en una subestación próxima, que tenía cientos años de antigüedad pero que los humanos no habían tocado.

Aguardé en una plataforma elevada y pagué el billete a un cobrador escéptico, que inspeccionó el antiguo scrip con desdén. Su rostro estrecho y los ojillos de mirada esquiva quedaban ensombrecidos por un sombrero alto y cilíndrico hecho de piel. Sólo tras parlotear con un colega escondido en una jaula de mimbre decidió aceptar mi pago y permitirme subir a bordo del siguiente vehículo chirriante y oscilante más ligero que el aire.

El trayecto ocupó una hora. La plataforma aerostática llegó al centro de la ciudad al caer la noche. Se encendieron faroles a lo largo de las tortuosas calles y largas sombras aparecieron por doquier. Me vi rodeado de fetidez antropoide.

En el mercado más grande de Marontik, me informó mi ancilla, había habido, hacía muchos años, un colectivo de guías hu-

manos, algunos de los cuales era posible que conocieran las rutas a los centros de leyendas locales. Pronto, todos los humanos dormirían —un estado con el que yo había tenido poca experiencia—, de modo que teníamos que darnos prisa.

—Si es aventura lo que buscas —dijo ella—, aquí es donde tienes más probabilidades de encontrarla... y, sin embargo, más posibilidades de sobrevivir a la experiencia.

En un laberíntico cenagal de callejones, que servían a la vez de vías para transeúntes y de alcantarillas, encontré el antiguo escaparate de piedras de río de la matriarca de los guías. Medio oculta en las sombras, iluminada por una única vela que oscilaba suspendida de un gancho en el mimbre, una hembra gordísima, cubierta por una túnica holgada de tela blanca de una transparencia embarazosa, me contempló con franco recelo. Tras efectuar unos cuantos ofrecimientos que encontré ofensivos, incluida una visita guiada a las catacumbas subterráneas repletas de humanos muertos, tomó los scrips que me quedaban y me transfirió, a través de una arcada cubierta por un harapo, a un joven miembro del gremio quien, dijo, podría estar en disposición de ayudarme.

—Hay tesoros en Erde-Tyrene, joven Forerunner —añadió en un melodioso tono de barítono—, como sin duda has deducido a través de una cuidadosa investigación. Y tengo justo al muchacho que necesitas.

Fue aquí, en las húmedas sombras de una casucha de juncos, donde conocí a Chakas. Mi primera impresión del humano semidesnudo de piel bronceada, con su mata de grasiento cabello negro, no fue favorable. No dejaba de mirarme, como si nos hubiéramos conocido antes... o a lo mejor buscaba un punto débil en mi armadura.

—Me encanta resolver misterios —afirmó Chakas—. También yo busco tesoros perdidos. ¡Es mi pasión! Seremos amigos, ¿no?

Yo sabía que los humanos, al ser seres inferiores, eran falsos y taimados. Sin embargo, tenía pocas opciones. Mis recursos estaban al límite. Unas pocas horas más tarde, me condujo a través de calles negras como el carbón a otro vecindario, lleno de *hamanunes*, y me presentó a su socio, un Florian de hocico gris. Rodeado por una multitud de jóvenes diminutos y dos hembras —creo— ancianas y encorvadas, el Florian devoraba a dos carrillos los restos de una cena a base de fruta y bandejas de informe carne cruda machacada.

El Florian dijo que sus antepasados habían frecuentado en el pasado una isla en forma de anillo en el centro de un enorme cráter inundado. Lo llamaban Djamonkin Augh: Agua del Hombre Grande. Allí, dijo, un sitio maravilloso todavía ocultaba muchas antigüedades.

—¿De los Precursores? —pregunté.

—¿Quiénes son?

—Una antigua civilización —dije—. Antes de los Forerunners.

—Quizá. Muy antiguo.

El Florian me examinó con mirada astuta, luego se dio palmaditas en los labios con el dorso peludo de la mano.

—¿El Organon? —pregunté.

Ni Chakas ni el Florian estaban familiarizados con aquel nombre, pero no deseché la posibilidad.

La tripulación se separó y abrieron la escotilla de la caja del calíope. El *hamanune* —la cabeza apenas le llegaba a la altura de mi cintura— meneó las manos alzadas y, con la ayuda de sus pequeños y diestros dedos, la tripulación insertó una tapeta de madera distinta que llevaba diminutas clavijas de asta, luego reiniciaron el mecanismo de cuerdas de tripa arqueadas y percutidas, dieron vueltas a la manivela de la trompa que transmitía la música al interior del agua, sujetaron el tubo de vapor, y volvieron a dar cuerda al muelle que lo accionaba todo.

Chakas fue hasta la popa, todavía preocupado.

—La música calma a las flores salvajes —dijo el *chamanune*, con un dedo encallecido sobre el labio—. Esperamos ahora y observamos.

El Florian regresó corriendo para acuclillarse junto a nosotros, y enroscó una mano alrededor de los tobillos desnudos de su amigo. La caja craneal del hombrecillo contenía menos de un tercio del volumen de la del joven Chakas, y sin embargo me costaba decidir quién era más listo... o más sincero.

En mi búsqueda de tesoros, había concentrado mis estudios en viejos informes Forerunners, y lo poco que había averiguado so-

bre la historia de los humanos no era algo que sintiera ganas de revelar a mis guías.

Diez mil años atrás, los humanos habían librado una guerra contra los Forerunners... y habían perdido. Los centros de civilización humana habían sido desmantelados y a los humanos los habían hecho retroceder en su evolución y descompuesto en muchas formas diferentes, algunos decían que como castigo... pero lo más probable era que fuese debido a que eran una especie de naturaleza violenta.

La Bibliotecaria, por algún motivo, había abrazado la causa humana. Mi ancilla explicó que, o bien como una forma de penitencia, o a petición de la Bibliotecaria —los informes eran imprecisos—, el Consejo la había hecho responsable de Erde-Tyrene, y ella había trasladado a los últimos humanos allí. Bajo su cuidado, algunos de los humanos habían vuelto testarudamente a evolucionar. Yo no podía decir si eso podría ser cierto o no, ya que todos me parecían degradados.

A partir de aquel semillero, a lo largo de nueve mil años, más de veinte variedades de humanos habían migrado y formado comunidades por todo este mundo empapado en agua. K'tamanunes fornidos de color ocre y marrón deambulaban por las latitudes septentrionales y bordeaban enormes capas rechinantes de hielo. Tales residentes en las tinieblas glaciales se envolvían en tosca fibra tejida y pieles. No lejos de este mar interior del cráter, al otro lado de una impresionante cordillera, enjutos y ágiles b'ashamanunes correteaban por praderas ecuatoriales y saltaban al interior de árboles llenos de espinas para evitar a los depredadores. Algunos elegían construir ciudades rudimentarias, como si pugnaran por volver a recuperar su pasada grandeza... y fracasaban de un modo lamentable.

Debido a grandes similitudes en nuestra estructura genética natural, algunos sabios Forerunners pensaban que los humanos podrían ser una especie hermana, a la que los Precursores también habían moldeado e insuflado su aliento. Era posible que la Bibliotecaria estuviera resuelta a poner a prueba esas teorías.

Dentro de muy poco, evolucionados o no, podría haber siete humanos menos en la colección de la Bibliotecaria... y un Forerunner menos.

Nos sentamos cerca del punto más amplio de la cubierta, lejos de la baja barandilla. Chakas colocó los dedos en forma de cuna, luego los hizo girar en un ejercicio que rehusaba categóricamente enseñarme. Su sonrisa sardónica era muy similar a la de un niño Forerunner. El pequeño Florian nos observaba con un cierto regocijo.

Los merses emitieron un silbido triste y húmedo y lanzaron surtidores de agua. La espuma que expulsaban olía a algas marinas podridas. Contempladas de lejos, las criaturas que rodeaban nuestra embarcación eran ridículamente simples, poco más avanzadas que las medusas con peines que nadaban en las paredes vítreas del palacio de mi padre de intercambio, en aquel lugar rojizo a cien millones de kilómetros de distancia. Y sin embargo, se cantaban unos a otros; hablaban en quedos murmullos musicales durante las largas noches, luego gozaban del silencio bajo el mo-teado sol como si durmieran.

En raras ocasiones, el océano del cráter se agitaba con breves combates entre merses marinos, y las olas arrojaban jirones de carne refulgente durante semanas a lejanas playas...

A lo mejor había más en estos krakens ciegos de lo que un Manipular podía juzgar. La Bibliotecaria podría haber tenido algo que ver en que los llevaran a Erde-Tyrene; para que se desarrollaran en el cráter Djamonkin, donde también servían a sus fines, tal vez resolviendo acertijos biológicos a su extraño modo, utilizando sus propios cantos genéticos...

¿Lo imaginaba, o el rechinar bajo el casco y el arremolinamiento de las aguas a nuestro alrededor empezaba a disminuir poco a poco?

La luna se puso. Las estrellas abundaron durante un tiempo. Luego la niebla volvió a aparecer, llenando la hondonada del cráter de borde a borde.

Chakas afirmó oír el suave chapaleteo de olas en una playa.

—Los merses están tranquilos ahora, creo —añadió esperando.

Me levanté para recuperar mi armadura, pero un humano corpulento de aspecto fuerte me cerró el paso, y Chakas negó con la cabeza.

La tripulación decidió que podría ser hora de dejar caer la hélice y poner en marcha el motor. De nuevo volvimos a avanzar.

Yo no podía ver gran cosa más allá de la barandilla salvo pequeños estallidos de fosforescencia. El agua, lo poco que podía ver de ella, parecía calmada.

Chakas y el Florian murmuraron plegarias humanas. El Florian finalizó sus rezos con una melodía corta y dulce, como el canto de un pájaro. De haber sido yo fiel a mi educación, me habría dedicado en aquellos momentos a meditar sobre los dictados del Manto, repitiendo en silencio las Doce Leyes de la Creación y el Movimiento, a la vez que permitía a mis músculos flexionarse de acuerdo con esos ritmos hasta hacerme oscilar como un árbol joven...

Pero aquí estaba yo, siguiendo falsas esperanzas, y en alianza con los deshonrados y los inferiores... Y aún podría acabar nadando en un mar lleno de dientes, mi cuerpo sin desarrollar hecho pedazos por monstruos sin inteligencia.

O caminar por una playa desierta alrededor de una isla sagrada en mitad de un viejo cráter creado por un asteroide, inundado hacía una eternidad con agua fría tan pura que se evaporaba sin dejar residuos.

Desafío, misterio, peligro y belleza desenfrenados. Todo ello valía cualquiera que fuese la vergüenza que tuviera la sensatez suficiente de sentir.

Como Manipular, todavía me parecía más a Chakas que a mi padre. Todavía podía sonreír, pero lo consideraba indigno de mí. A pesar de todo, mentalmente, no podía evitar imaginarme más alto, más fornido, más fuerte; como mi padre, con su largo rostro pálido, los cabellos de la coronilla y el pelaje del cogote decolorados con raíces de lilas hasta dejarlos blancos, los dedos capaces de rodear un melón... y lo bastante fuertes para aplastar la dura cáscara hasta convertirlo en pulpa.

Era mi contradicción: recelaba de todo respecto a mi familia y mi gente; sin embargo, todavía soñaba con mutar a un segunda-forma... a la vez que conservaba mi actitud juvenil e independiente. Desde luego, era algo que jamás parecía suceder de ese modo.

El piloto se acercó a grandes zancadas hasta la popa con renovada confianza.

—Los merses creen que somos uno de ellos. Deberíamos alcanzar la isla anillo en menos de una llamarada.

Los humanos contaban el tiempo usando mechas cerosas con nudos que llameaban cuando los alcanzaba una llama que iba ascendiendo. Ya en aquellos momentos, dos tripulantes encendían faroles mediante toscos palos.

En la niebla, algo grande chocó contra la proa. Me sujeté para evitar caermé y recuperé el equilibrio para resistir al amplio y lento balanceo de la popa. Chakas se puso en pie de un salto, sonriendo de oreja a oreja.

—Ésa es nuestra playa —dijo.

La tripulación dejó caer una tabla sobre la arena negra. El Florian fue el primero en corretear a tierra. Danzó en la playa y chasqueó los dedos.

—¡Chist! —advirtió Chakas.

Una vez más intenté recuperar mi armadura, y una vez más el fornido tripulante me cerró el paso. Otros dos se aproximaron despacio, con las manos extendidas, y me guiaron en dirección a Chakas, quien se encogió de hombros ante mi inquietud.

—Temen que incluso desde la playa pudiera enojar a los merses.

No tenía mucha elección. Podían matarme ahora, o yo podría morir por alguna otra causa más adelante. Cruzamos la rampa entre la niebla. La tripulación permaneció en la embarcación... y lo mismo hizo mi armadura. En cuanto hubimos desembarcado, la nave retrocedió en el agua, dio la vuelta, y nos dejó en la llovizna y oscuridad sin otra cosa que tres pequeñas bolsas de provisiones; comida humana únicamente, aunque bastante aceptable si me tapaba la nariz.

—Estarán de vuelta en tres días —dijo Chakas—. Tiempo más que de sobra para registrar la isla.

Cuando la embarcación desapareció y dejamos de oír el bombo traqueteante de su canción, el Florian danzó un poco más. A todas luces, estaba contentísimo de volver a caminar por la isla anillo de Djamonkin Augh.

—¡Isla esconde todo! —dijo, luego emitió una carcajada gorgojeante y señaló a Chakas—. Chico no sabe nada. Buscar tesoro y morir, a menos que vayas a donde yo voy.

El Florian proyectó al exterior unos expresivos labios rosados

y alzó las manos por encima de la cabeza, formando un círculo con el pulgar y el índice.

A Chakas no pareció que lo afectara el juicio emitido por nuestro acompañante.

—Tiene razón. No sé nada sobre este lugar.

Me sentía demasiado aliviado de haber escapado de los mereses para sentir mucha irritación. Me habían dicho que no se podía confiar en los humanos; eran formas de vida degradadas, no había la menor duda sobre ello. Pero tenía una sensación auténticamente extraña con respecto a la playa y la isla en la que estábamos... Mis esperanzas rehusaron extinguirse.

Nos adentramos en la isla unos pocos metros y nos sentamos sobre una roca, tiritando bajo la humedad y el frío.

—Primero, cuéntenos por qué estás aquí en realidad —dijo Chakas—. Háblanos sobre los Forerunners y los Precursores.

En la oscuridad, me era imposible ver nada por encima de las palmeras y más allá de la playa, nada que no fuera el tenue resplandor procedente de las pequeñas olas que rompían contra ella.

—Los Precursores eran poderosos. Trazaron líneas a través de muchos cielos. Algunos dicen que hace mucho tiempo dieron forma a los Forerunners a su imagen y semejanza.

Incluso el nombre que nos otorgábamos, «Forerunner», implicaba un fugaz lugar transitorio en el Manto; aceptando que no éramos más que una etapa en la administración del Tiempo Vivo. Que otros vendrían después de nosotros. Otros... y mejores.

—¿Y nosotros? —preguntó el Florian—. ¿Los *hamanunes* y *chamanunes*?

Negué con la cabeza, reacio a alentar tal historia... o a creerla.

—Estoy aquí para averiguar por qué se fueron los Precursores —continué—, en qué modo podríamos haberles ofendido... y si fuera posible encontrar el centro de su poder, su fuerza, su inteligencia.

—¡Oh! —exclamó Chakas—. ¿Estás aquí para descubrir un gran regalo y complacer a tu padre?

—Estoy aquí para aprender.

—Algo que demuestre que no eres un idiota, vaya.

Chakas abrió la bolsa y repartió pequeños panecillos de compacto pan negro hecho con aceite de pescado. Comí, pero no disfruté con la comida. Toda mi vida, otros me habían juzgado

un idiota, pero dolía cuando animales degradados llegaban a la misma conclusión.

Lancé un guijarro a la oscuridad.

—¿Cuándo empezamos a buscar?

—Demasiado oscuro. Primero, encender un fuego —insistió el Florian.

Recogimos ramas y pedazos de palmera medio podridos y encendimos una fogata. Chakas pareció adormecerse. Luego despertó y me sonrió burlón; bostezó, se desperezó y miró en dirección al océano.

—Los Forerunners jamás duermen —observó.

Eso era muy cierto... siempre y cuando llevásemos puesta la armadura.

—Las noches son largas para vosotros, ¿no? —quiso saber el Florian.

Había hecho bolitas con su pan de aceite de pescado y las había colocado en hileras sobre la lisa superficie de una negra roca vítrea. A continuación las cogió y, una a una, se las metió en la boca, relamiéndose los anchos labios.

—¿Sabe mejor de ese modo? —pregunté.

Hizo una mueca.

—El pan de pescado apesta —respondió—. La harina de fruta es mejor.

La niebla se había disipado pero seguía estando nublado sobre todo el cráter. No faltaba mucho para el amanecer. Me tumbé sobre la espalda y alcé los ojos hacia el cielo que empezaba a clarear, en paz por primera vez desde que podía recordar. Era un idiota, había traicionado a mi Manipulus, pero estaba en paz. Hacía lo que siempre había soñado que haría.

—*Daowa-maad*—dije.

Ambos humanos enarcaron las cejas... lo que les dio el aspecto de hermanos. *Daowa-maad* era un término humano para definir el ir y venir del universo. De hecho tenía una traducción bastante buena en la jerga de un Forerunner Constructor: «Caes según te resquebrajan tus tensiones».

—¿Estás al tanto de eso? —preguntó Chakas.

—Mi ancilla me lo enseñó.

—Ésa es la voz de sus ropas —contó Chakas al Florian, en tono sabiendo—. Una hembra.

—¿Es bonita? —preguntó el hombrecillo.

—No es tu tipo —contesté.

El Florian se acabó la última bola de pan de aceite de pescado y efectuó otra mueca singular. Tenía un montón de músculos expresivos.

—*Daowa-maad*. Cazamos, crecemos, vivimos. La vida es simple... nosotros lo hacemos. —Dio un golpecito a Chakas con el dedo—. Empieza a gustarme este Forerunner. Dile *todos* mis nombres.

Chakas inhaló profundamente.

—El *hamanune* sentado justo a tu lado, cuyo aliento huele a aceite de pescado y pan duro, tiene como apellido Day-Chaser, que podrías traducir como Perseguidor del Día. Su nombre de pila es Morning Riser, o sea El Que Despierta a la Mañana. Su nombre completo es Day-Chaser Makes Paths Longstretch Morning Riser, más o menos Perseguidor del Día Que Alarga los Senderos Despertador de la Mañana. Un nombre largo para un tipo bajo. Le gusta que lo llamen Riser. Ya está. Hecho.

—Todo como debe ser, todo cierto —asintió Riser, satisfecho—. Mis abuelos construyeron muros aquí para protegernos y guiarnos.

»Lo verás después del alba. Ahora... demasiado oscuro. Buen momento para averiguar nombres. ¿Cuál es tu nombre auténtico, joven Forerunner?

Que un Forerunner revelara el nombre concreto que utilizaba a cualquiera de fuera del Manipulus... y a humanos, además... ¡Fabuloso! Un auténtico corte de mangas a mi familia.

—Bornstellar —contesté—. Bornstellar Makes Eternal Lasting, algo así como Nacido en las Estrellas Que Perdura Eternamente. Forma Cero, Manipular que no ha sido puesto a prueba.

—Qué cosa tan larga —dijo Riser.

Abrió los ojos de par en par, se inclinó al frente y mostró aquella lasciva sonrisa Florian que iba de oreja a oreja y echaba los labios hacia atrás para indicar un enorme regocijo.

—Pero tiene un sonido la mar de agradable.

Me recosté. Cada vez me acostumbraba más a su forma de hablar veloz y aflautada.

—Mi madre me llama Born —dije.

—Mejor el diminutivo —repuso Riser—. Born entonces.

—Llega la mañana. Pronto hará más calor, y habrá luz —dijo Chakas—. Removed la tierra. No queremos que nadie encuentre huellas.

Yo sospechaba que si alguien de Edom me buscaba, o si los vigilantes de la Bibliotecaria decidían efectuar una comprobación desde la órbita, desde un dron, o directamente con un vuelo a baja altura, nos encontrarían sin importar cómo ocultásemos nuestras huellas. De todos modos, no dije nada a mis compañeros. En el poco tiempo que llevaba en Erde-Tyrene ya había aprendido una verdad importante: que entre los pobres, los oprimidos y los desesperados, es donde se saborea la valentía insensata.

Era obvio que yo era un insensato, pero, al parecer, mis dos compañeros creían ahora que podría ser valiente.

Barrimos nuestras huellas con una hoja de palma que recogimos de la vegetación de la orilla.

—¿A qué distancia está el centro de la isla? —pregunté.

—Piernas largas, viaje más corto —respondió Riser—. Fruta a lo largo del camino. No comas. Provoca cagalera. Déjamela toda a mí.

—No nos hará daño —me confió Chakas—. Si es que nos deja algo a nosotros.

—No vamos a la montaña —indicó Riser, y se abrió paso entre la vegetación—. No hace falta cruzar el lago interior. Un laberinto, un poco de niebla, una espiral, luego un salto o dos. Mi abuelo vivía aquí, antes de que hubiera agua.

Cada vez resultaba más curioso. Yo sabía a ciencia cierta —una vez más, por mi ancilla— que habían inundado el cráter y plantado los merses en el lago hacía mil años.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté.

—Doscientos —respondió Riser.

—Para su gente, tan sólo un jovenzuelo —dijo Chakas, luego efectuó un ruidito seco con la lengua y las mejillas—. Un pueblo diminuto, vidas largas y memorias más largas.

El Florian lanzó una especie de relincho.

—Mi familia creció en islas por todas partes. Construimos muros. Mi madre procedía de aquí antes de conocer a mi padre, y se lo contó, y él me lo contó, canción de chasquidos y silbidos descarados. Así es como conoceremos el laberinto.

—¿Canción de chasquidos?

—Eres un privilegiado —dijo Chakas—. Los *hamanunes* no revelan a menudo estas verdades a desconocidos.

—Si es que son verdad —repuse.

Ninguno de ellos se ofendió. Los humanos que había conocido parecían extraordinariamente insensibles. O lo que era más probable, las declaraciones de un Forerunner significaban poco en un mundo que pensaban que les pertenecía.

Amaneció por fin, y con rapidez. El cielo pasó del naranja suave al rosa y luego al azul en unos pocos minutos. De la jungla no llegaba ningún sonido, ni siquiera el susurrar de hojas.

Había estado en pocas islas en mi corta existencia, pero nunca había conocido ninguna que fuera silenciosa como una tumba.